

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 23 DE ABRIL DE 1922

NUM. 19.726

CUENTOS  
ESPAÑOLES

## LA SUERTE

POR ALFONSO  
H. CATÁ

LEGABAN todas las tardes antes de empezar la partida, cuando el tumulto de veraneantes era más activo en la playa y en los paseos, y tomaban, temerosos de perderle, el sitio de siempre a la derecha del banquero. Esta precaución sólo era útil con respecto a los transeúntes. ¿Quién de los asíduos iba a usurpar el sitio a aquella ancianita que, próxima ya al sepulcro, empleaba todas sus horas en dulcificar las del hijo, empujado aun más velozmente que ella hacia la muerte por la tisis, retratada en su palidez, en sus ojos febriles, en su demacración sudorosa y vibrante? Mitad por ternura, mitad por miedo a merecer la mala suerte, nadie se habría atrevido. El juego es un monstruo matemático, que se nutre de insustanciales supersticiones.

Aparecieron a principios de un verano, hacia ya muchos, y desde entonces no faltaron nunca. Cada año, él llegaba más consumido, y ya en los últimos era sólo un espectro que dejaba sobre el tapete fichas de nácar, que la raqueta recogía implacable. Jugaba sin timidez, con valor tenaz no premiado nunca por el destino, obstinándose en que repetirán cuatro veces un número; a su lado, la viejecita anotaba en una cartulina cifras menudas; luego, cuando, exasperándose en el empeño de metodizar el acaso, empezaba él a arriesgar las fichas desordenadamente hasta perderlas todas, ella quedaba un rato silenciosa, y al verlo entristecer poco a poco, sacaba de su bolso de terciopelo un pedacito de nácar, el último, y se lo daba al enfermo, quien titubeaba varias jugadas y lo ponía al fin, con brusca decisión, ya de pie, cual si sólo esperara a que la bolita de marfil lo burlase esa vez para alejarse con resignada lentitud, del brazo de la anciana.

De tiempo en tiempo, alguien susurraba al oído de cualquier curioso la historia, traída allí merced a esa misteriosa indiscreción que traiciona casi siempre a cuantos anhelan emboscar sus vidas en el silencio: aquella mujer era víctima de un inexorable destino. Cuatro hijos tuvo, y tres de ellos fueron segados por la tuberculosis al llegar a los veinte años, cuando apenas entreveían el esplendor de la vida. Sólo éste había sobrepasado la edad para todos luminosa y para ellos siniestra; y por defenderle contra el frío de la muerte, que a cada momento parecía quererle penetrar, la madre le rodeaba de todas las tibiézas aun de las más nocivas. Ni

estudios, ni preocupaciones, ni verdades.

¡Todas las energías necesitábanlas él para la ardua tarea de vivir! El otoño y el invierno pasábanlos en un pueblo templado del Sur, ahorrando, proyectando, para aparecer en la nocturna playa con

—En los libros de Montecarlo y en los de San Sebastián mismo, he visto números repetidos hasta cinco veces.

Y la viejecita siempre estaba despierta para responder:

—Sí; claro... Y a ti también te lo repe-

un rato solo por ahí, y hasta beberemos un poco, ¡por un día!..., y montaré a caballo, y de contento que estaré me iré nadando hasta la boya, como los más fuertes, y...

Y se quedaba al fin dormido, arrullado por la esperanza; mientras, el insomnio de la madre hacía más agudo con el temor de que su fortuita, inmolada al vicio del hijo tan próximo a la muerte, acabase antes de que ésta viniera; ante el terror de que la vida, de la cual no había podido gustar las mieles, hiciérasele conocer aún, tras el dolor de la enfermedad, el de las privaciones, el de la miseria.

Pero una tarde la femenina suerte estuvo, por capricho o fatiga, a punto de rendirse a su cortejador. En la sala fueron unos minutos primero de tumulto; después, de vehemente silencio. Ya le habían dado el número 23 dos veces, y la bolita, luego de tintinear sobre los nervios de metal, fué a caer, certera, en un segmento rojo. La voz del crupié volvió a cantar, queriendo, en vano, guardar el tono indiferente:

—¡Veintitrés, encarnado!

Y mientras el enfermo, lejos de retirar el montón cuantioso de fichas, las hacinaba, no sólo sobre el mismo número, sino sobre todas las posibilidades de ganancia relacionadas con él, en la sala flotaba una quietud de angustia, hecha de la generosidad de todos, hasta de los más ensimismados: el que sonreía con crispatura triste a cada golpe adverso, el que blasfemaba, el que guardaba extraña rigidez en las facciones en tanto hundía en sus propias manos las uñas hasta hacerse daño, el que contaba y recontaba las fichas, el que miraba airadamente. La sala entera tenía su voluntad en la menuda bolita que ya corrteaba de nuevo por el borde inclinado y que, luego de tropezar con uno de los rombos de cobre, fué a caer certeramente en el mismo casillero de la vez anterior, arrancando un múltiple suspiro, seguido de comentarios.

Entre el alud de felicitaciones, la madre y el hijo permanecían absortos, dándose apenas cuenta. Cuando cambiaron, las fichas adquirieron inesperadamente su sentido real transformándose en billetes que apenas cabían en los bolsillos. Salieron en silencio, pasaron lívidos bajo los faroles que ya empezaban a triunfar del crepúsculo, y, hendiendo la muchedumbre, fueron a encerrar su emoción en la alcoba que tantas veces

### ANDALUCIA VISTA POR SUS ARTISTAS



EL REQUEBRO.—DIBUJO A PLUMA, ORIGINAL DE ANDRÉS MARTÍN LEÓN

los primeros veraneantes, no en busca del estímulo salitroso del aire y del mar, sino para perseguir junto a la ruleta la jugada quimérica, donde todos sus pensamientos se polarizaban... Cerca o lejos, él estaba siempre en espíritu junto a la mesa de goce y tortura. A veces, en lo más recio del invierno, a media noche, decía en voz queda:

tirán... Pero duerme ahora; pensando en eso, te fatigas.

Y otras veces, excitándose con la ilusión, suponía ya logrado su anhelo, y:

—Ya verás—decía—... Serán lo menos doscientas mil... Aquella noche no nos quedaremos en casa, como todas: saldremos a cenar fuera, y luego tú me esperarás en cualquier terraza, y yo me iré

dose apenas cuenta. Cuando cambiaron, las fichas adquirieron inesperadamente su sentido real transformándose en billetes que apenas cabían en los bolsillos. Salieron en silencio, pasaron lívidos bajo los faroles que ya empezaban a triunfar del crepúsculo, y, hendiendo la muchedumbre, fueron a encerrar su emoción en la alcoba que tantas veces







\*\*\*\*\* JULES ROMAINS \*\*\*\*\*

## EL HUÉSPED UNANIMISTA

PARA dar unas conferencias en el Instituto francés, viene ahora a Madrid el profesor M. L. Farigoule, llamado en arte Jules Romain, creador del *Unanimismo*.

Era en 1906, y un «grupo fraternal de artistas» incipientes, fundaba la célebre Abadía de Créteil en una vieja mansión, embozada en árboles a orillas del Marne, en la cual habían decidido instalarse, poniendo en comunidad sus bienes y sus voluntades, a vivir «sin abad» como sus legítimos antepasados los *thelemitas*.

Germinó en aquel falansterio una pléyade, de la que Romain—capaz de ofrecer formulado al grupo el sentimiento que latente le animaba—vino a ser jefe y conductor. Apenas transcurrido un año, la Abadía, escasa de medios, hubo de disolverse, dispersándose los hermanos. No han vuelto a reunirse, y algunos han expresado luego su separación de la escuela; mas persiste en todos la huella tenaz de su efímera comunidad: «la antigua mordedura».

Aunque ninguno de ellos tenía condición de solitario, la tuvo el grupo, y al aislarse en Créteil, brotó de él un impulso social. Ha dicho Barrés que «pensar solitariamente es encaminarse a pensar solidariamente», y así incubó en este núcleo un espíritu fraterno, ansioso de abarcar el alma universal.

Jules Romain—que ya había publicado *L'Âme des hommes* (1904) y *Le bourg régné* (1906)—dió, en 1908, *La Vie Unanime*, poema gestado en la Abadía, y en torno al cual la agrupación, que hallaba expresión su anhelo, formó escuela, proclamando la absorción del espíritu individual por el colectivo, la independencia vital de la conciencia unánime y la relación subalterna de los seres entre sí, «como miembros de un mismo cuerpo», según la expresión de Marco Aurelio. Se abre *La Vie Unanime* con una invocación a la ciudad, cuya es el alma que le ofrece el poeta. Llegan a él las vibraciones solidarias, que, agolpándose, hacen saltar la válvula de su emoción y disparan el poema. Romain se siente diluir en el hervor de la co-

llectividad, y se esfuerza por condensar el espíritu unánime evaporado, que pueda, al caer nuevamente, hacerla revivir. El poeta se despersonaliza; cuando su Yo se revela y quiere desligarse y partir libre a la naturaleza, siente soledad y frío, y vuelve pronto, atraído, hacia el hogar en que se ha de fundir. Y ávido de exaltar su hallazgo, llega a la deificación del espíritu unánime,—porque Jules Romain, intimamente religioso, como Verhaeren, necesita, al perder una fe, inventar otra. Pero lo que no deja de sorprendernos es que pueda satisfacerse con una divinidad hechura suya, elástica e intermitente, ni puede sorprenderle a él que nosotros, al llegar a las últimas consecuencias del sistema y tenemos perdernos—seducidos por el arte de estos mitos flamantes—en una especie de panteísmo civil, turbio y abstracto.

Verhaeren, que se sentía «semejante a

los dioses» cuando mezclaba su sér «a las fuerzas unánimes», precede, es cierto, a Romain, pero sin mermarle originalidad ni fuerza. Aplicase éste en el estudio de las multitudes que aquél, con una llamada, iluminó; pero al hacerlo penetra en ellas exento de impetuoso verbalismo. El himno alucinado cede al poema consciente. Romain aparta la fácil apariencia de la turba bulante y define el alma colectiva analizando directamente su estructura esencial y perenne, sustituyendo las foscas pinceladas del tumultuoso belga por unos trazos firmes y sintéticos, nacidos de un criterio que se ha relaciona-

dos y morimos la vida ajena», decía Heráclito), y *Les puissances de Paris*, libro que destapamos como la caja de un reloj, para ver cómo laten, enroscadas, las potencias que impulsan el mecanismo e imprimen al núcleo su ritmo interior.

En toda la obra de Romain actúa esa potencia creadora que da realidad a un mito. Así, como en *Le bourg régné* un motivo fútil hacía revivir a un pueblo, en *Copains* (¿traduciríamos: *compinches*?) la conciencia unánime de un grupo burlesco crea y destruye. En *Donogoo-Tonka* (1919)—paródica película del pragmatismo americano—el pueblo se funda por

ca Romain, que es un espíritu sagaz e inteligente, acaso porque, como quiere Rodin, afronta a las cosas *une âme de foule*. Y por esto ha despertado sospechas de mixtificación la obra, plétórica de posibilidades, de este escritor hábil y tenaz. (Se observa que, ante un artista demasiado diestro, el público desconfía y trata de apartarse, con recelo, como temiendo ser embaucado por un nuevo Lemoine que le fascine con la deslumbrante ilusión de su juego.) Hablando de Romain, un crítico que no le es adverso, M. Thibaudet, ha llegado a reconocer «la mixtificación creadora» como

medio indispensable y de empleo legítimo en favor del unanimismo. En todo caso, el encanto es tan sutil, que no cabe sustraerse a su influencia, aun conociendo a veces el declarado *tour de main*.

La frase es del propio monsieur Farigoule y precisamente de un folleto científico publicado en 1920, en el cual este clarividente filósofo (profesor agregado de la Universidad) intenta demostrar, con razones y experiencias, que el sentido de la vista no está localizado en la retina, sino que se extiende también por el tegumento de la piel, el cual, sometido a determinado entrenamiento, logra ver. (No ha de ser un profano quien intente comprobar estos datos, que inspiran tanto recelo como simpatía; pero si por un momento hubiéramos de ceder a ésta, aventuráramos quizá una pregunta: ¿No se ha sorprendido nunca el lector, al tratar de orientarse en una habitación oscura, cerrando los ojos, de instinto, para ver mejor?)

Se ha calificado a Romain de poeta intelectual, reprochándole sequedad y dureza, y aunque ha huido, en efecto, de los fáciles sentimentalismos que amenazaban a su teoría inicial, no le falta sensibilidad exquisita. Hallamos en él las cualidades que caracterizan a sus compañeros, y vemos que es a veces humano como Villard y espiritual con Arcos, delicado como Chennevière, piadoso como Duhamel, ávido como Durtain... Lo que sucede es que él ha sido el hermano mayor y no podía mostrar flaqueza; pero, a pesar de su aparente olimpismo, tiene muy hondamente arraigado el espíritu fraternal. ¿No es, en lo íntimo, cristiano quien se acusa—como el *alcaballero*—de amor escaso hacia sus semejantes, porque no sufre con los dolores de éstos tanto como ellos mismos, y extiende su piedad hasta los animales? ¿No hay en su obra, desde *Le Vie Unanime*, una mal llamada nostalgia del Dios que «había hablado en la montaña»?

Mas sea como quiera, ahora llega él, Romain, embajador de su propia obra, que es toda ella como abrazo jovial, más que de profesor de compañero, que nos brinda un trago de aquel viejo caldo, decantado, de la clásica cepa rabelesiana. No hallaremos nosotros ocasión mejor de ofrecer también algo de lo añejo y de avanzar unánimes, al encuentro, un sorbo cordial de nuestro trasegado vaso de *bon vino*.

Antonio MARICHALAR



do, no sin razón, con la estética cubista.

También Whitman, como Verhaeren, se complacía en sentir la muchedumbre desde un alto «pedazo de calle» (como llamaba a la imperial de ómnibus) y hasta en mezclarse, después, entre los codazos y el vaho; pero sólo Romain se olvida del hombre y del aspecto adjetivo de las multitudes para ahondar en busca de su significado sustantivo y mostrarnos la íntima cohesión que liga los elementos integrantes de la masa unánime. (Así, en el poema, un verso es epígrafe de la composición inmediata.)

Después de un libro de *Oraciones* y del *Manual de deificación*, donde el credo unanímista se formula en dogma, publica, en 1910, *Un sér en marcha*, jubilosa epopeya de un colegio de niñas, seguida de meditaciones líricas. En prosa: *La muerte de alguien*, cuya vida, al extinguirse, permanece un tiempo ligada a su grupo habitual («Vivimos la muerte de

la intervención de ese espíritu malicioso que salva a M. Le Trouhadec y le hace protagonista de la linda comedia que en 1921 cierra la serie.

Ya había escrito para el teatro *L'Armée dans la ville*, y en 1918, *Cromedeyre-le-vieil*, donde un pueblo escarpado y rudo—que diríamos patria del autor—revive a impulso de la gracia que en un impetuoso rapto de amor le aportan unas nuevas sabinas.

Varios libros de poemas, alguno concretando su sentimiento europeo en la guerra, y, en 1920, *Le Voyage des amantes*, seguido (1922) de *Amour couleur de Paris*, que suman calidades nuevas a este interesante autor, al cual vemos hoy erigido en preceptista para defender las libertades—mal interpretadas por la generación siguiente—que dió su escuela al establecer la expresión directa reaccionando contra la evocación simbolista.

También se ha distinguido en la críti-



# PAISAJES DE ESPAÑA



Cumbres y cumbres  
y, al bajar, los llanos.

Viniendo desde Europa, pesadumbres  
de montes—el Pirineo—; y altozanos  
después—estribaciones  
de abruptos serrijones;  
verdegras colinas,  
recubiertas de robles y de encinas—;  
y luego, hasta perderse, luminosas  
llanuras—ya en Castilla—silenciosas,  
con juncos y con álamos altivos  
—las riberas del Tajo—y con olivos.

De Norte a Sur, de Oeste hasta Levante,  
muestra España, fragante,  
nieblas y sol; los surcos retostados,  
los trigos de Castilla calcinados,  
y el húmedo lentisco  
—los cantábricos montes encrespados—  
que nace, entre la bruma, sobre el risco.

España es una flora  
que tiene, como el Sol, deslumbradora,

un iris de fulgores  
en la luz de sus frutos y sus flores.

España tiene todo; tiene ríos  
con álamos de plata; tiene umbríos  
y recónditos sotos con panales  
—Garcilaso los vió cuando, sombríos,  
lloraban su dolor sus dos zagales—;  
tiene pinos del Norte, tristes pinos,  
sonoros cuando el viento  
pula en ellos la lira de su acento;  
tiene un mar de azul puro—los latinos  
decimos *mare nostrum*—, sosegado;  
y en la opuesta vertiente, un encrespado  
mar de espumas, de roca y de diamante,  
que es la ruta de América; el Atlante.

España es una flora  
que tiene, como el Sol, deslumbradora,  
un iris de fulgores  
en la luz de sus frutos y sus flores.

Igual que sus paisajes es su gente.

Como su bronco Pirineo ingente  
son los hombres del Norte:  
tienen macizo el porte,  
las pupilas extáticas, y, mudos,  
—la idea nunca acude presurosa  
a su frente cansina, fatigosa—  
como la dura peña son tozudos.

No así los del pomposo Mediodía;  
Levante, Extremadura, Andalucía...;  
agilidad y gracia  
—sus dioses son Apolo, y en su vuelo  
navegando hacia Oriente bajo el cielo,  
la victoria inmortal de Samotracia—;  
agilidad y gracia; paganía;  
que el Sol ha puesto en ellos  
la luz de sus destellos,  
la fuerza y el color de su armonía.

Una España que encierra, por su suerte,  
tales hombres y cosas,  
es que en su corazón lleva aún las rosas  
que no seca el aliento de la Muerte.

Fernando LOPEZ MARTIN



# LA AVENTURA DEL TÍO MATÍAS

El tío Matías era un leñador viudo, que vivía con su hijo, un niño de ocho años, llamado Juan.

Una noche en que el viejo volvía del bosque con un haz de leña—aquel día era 13 de diciembre—se le apareció de pronto una damita lindísima, vestida de verde y coronada de esmeraldas, que le dijo:

—Júrame que cuando tu hijo cumpla los veinte años irás a pedir para él la mano de la ranita verde que hay en el pantano del bosque.

El leñador se quedó tan asombrado, que juró. Al volver al pueblo, le faltó tiempo para contar a todo el mundo su aventura fantástica, y, como le creyeron loco, unos se compadecieron de él y otros se burlaron.

Cada año, en la noche del 13 de diciembre, la damita verde se le aparecía y le recordaba su promesa, y el pobre hombre renovaba su juramento.

Al fin, un día la damita le dijo:

—Tu hijo cumple los veinte años dentro de tres semanas; la ranita os espera.

Cuando se enteró de que su padre había prometido casarle con una rana, Juan torció el gesto; pero como era noble y bueno, consintió en ir en busca de aquella novia singular, pues para él, como para el tío Matías, lo jurado, jurado estaba.

Además, en el fondo se convencía de que todo aquello debía ser un cuento tártaro nacido en la imaginación del buen hombre.

Así, llegaron a la charca. Sobre una piedra había una ranita verde y brillante, con ojillos de oro, que parecía esperar.

Juan lanzó un suspiro; cogió el animal, que le miraba tiernamente, se lo metió en el bolsillo y volvieron a casa. Allí se apresuraron a instalar a su huésped delante de la ventana, en una cesterita tapizada con musgo fresco.

La rana era muy mona y alegre, y animaba la casa con sus brinco y su «coac», «coac», y así llegó otro 13 de diciembre. Aquel día, ¿cuál no sería la sorpresa del padre y del hijo cuando, al regresar juntos del bosque, encontraron en la cesta, en lugar de la rana, a la damita vestida de verde y coronada de esmeraldas, la antigua conocida del tío Matías?

—Soy—les dijo—la princesa Mariposalinda, hija del rey Clodoaldo VIII. Gozo el privilegio de tener toda la vida dieciséis años. Tal cual me veis hoy, era hace muchísimo tiempo en la corte de mi padre. Quiso mi desgracia que el poderoso brujo Barbarilón se enamorase de mí, y como yo le negase mi mano, se vengó transformándose en rana.

—Gracias a las artes de mi madrina, el hada de las Mariposas, he conseguido recobrar mi forma primera una vez al año, durante doce horas, el día 13 de diciembre, que es el de mi santo.

—Desde que vi a Juan jugar por el bosque, le elegí por esposo, porque comprendí que sólo él sería lo bastante bueno y valeroso para deshacer mi terrible encantamiento.

—¿Qué debo hacer para ello?—exclamó Juan, lleno de entusiasmo y de pasión, pues acababa de enamorarse perdidamente de la encantadora Mariposalinda.

—Solamente puede libertarme la muerte del poderoso Barbarilón.

—Pues bien; ¡Barbarilón morirá!

Pasaron las doce horas de tregua charlando animadamente, sin que el tío Matías pronunciase una sola palabra, lo cual le hubiera sido difícil, pues tal era su asombro, que se había quedado con la boca abierta.

Al despuntar el alba, Mariposalinda tornó a convertirse en rana. Juan le

estrechó la patita, abrazó a su padre y partió.

Ante todo fué a visitar a la madrina de Mariposalinda. Halló al hada sentada en un matorral de flores y le expuso el objeto de su visita.

—Poco puedo hacer por ti—dijo tristemente el hada—; el poder de Barbarilón es mil veces superior al mío, y tu empresa es punto menos que imposible de realizar. Para llegar hasta el brujo habrás de cruzar los dominios de su hermana la bruja Panterina y de su hermano el ogro Leoncete. Si la primera no te envenena, el segundo te devorará, y si no, el tercero te despachurrará con un simple capirotazo.

—¿Es que no existe medio alguno de vencerlos?—preguntó Juan.

—Existe uno, aunque bastante difícil: fomentar el odio y la envidia que sienten unos por otros los tres terribles hermanos. En cuanto a mí, sólo puedo desearte la Audacia, la Fuerza y la Astucia, que serán tus mejores auxiliares para libertar a mi amada ahijada.



—Este tesoro—prosiguió la ardilla—lo descubrió un bisabuelo mío, que lo vió ocultar aquí a un caballero, deseoso de poner su fortuna al amparo de la dueña del país, una horrible bruja que ama el oro sobre todas las cosas.

—¿Cómo se llama esa bruja?—exclamó Juan.

—Se llama Panterina.

—Y tú, ¿quién eres?

—Yo soy la Audacia.

Y la ardilla desapareció.

Andando, andando, Juan llegó a un lugar donde todo eran rocas espantosas. Entre ellas vió la entrada de una gruta inmundada, guardada por cuatro sapos negros; era aquella la morada de la bruja Panterina.

La bruja apareció sobre el umbral de la gruta. Era una horrible mujerona desdentada, que vivía rodeada de lechuzas, lagartijas, cuervos y gatos pardos.

—Entra, hermoso extranjero—dijo la bruja con tono meloso—; te ofrezco el litar a mi adorable y bellísima ahijada.



Dicho esto, el hada desplegó sus alas, cuajadas de brillantes, y Juan prosiguió su camino.

A los tres días de marcha, agotadas ya sus provisiones, sintió un hambre terrible, cuando de pronto vió una ardilla que saltaba entre las ramas de un árbol.

—¡Buena cena!—pensó, y sacó su cuchillo.

—¡No me mates, hermoso príncipe!—suplicó el animalejo, cayendo a sus pies—, y yo te daré más oro del que hayas podido soñar en tu vida.

—Ni soy príncipe, ni creo que tú tengas oro—contestó Juan, encogiéndose de hombros.

—Pues príncipe serás y oro tendrás.

Con sus uñitas, la ardilla arrancó un trozo de la corteza del árbol, y Juan vió que aquel tronco enorme estaba lleno de monedas de oro.

Y le tendió la copa llena de un licor plateado; pero Juan recordó las palabras del hada y rechazó la copa.

—En busca de veneno vengo—dijo—; pero no para mí, sino para el ogro Leoncete. He sorprendido su secreto: te quiero matar para apoderarme de tus riquezas, y yo le quiero envenenar a él para salvarte.

—¡Mientes!—rugió la bruja.

—¿Qué te importa a ti que yo mienta, puesto que te pagaré por el veneno lo que me pidas?—declaró el joven tranquilamente.

—¡Pido tres mil monedas de oro!

—¡Tres millones tendrás!

Al llegar la noche, Juan le trajo un saco enorme lleno de oro, y la bruja, encantada con el negocio, le entregó un frasco de marfil.

—Una sola gota de este líquido basta

para matar a un hombre—le dijo—; y yo te doy un frasco entero y, además, una indicación: el vicio de mi hermano es la glotonería, y su plato predilecto los corderos crudos.

Durante tres días y tres noches, Juan anduvo. Su capa se había hecho jirones entre las zarzas y tenía frío. De pronto vió un precioso oso gris.

—¡Buena piel!—pensó—y buen abrigo contra el frío.

Y sacó su cuchillo.

—¡No me mates, hermoso príncipe!—gimió el oso—, y te daré cuantos rebañes de corderos desees.

—No soy príncipe; y tú, ¿de dónde habías de sacar los corderos?—dijo Juan, encogiéndose de hombros.

—Príncipe serás y corderos tendrás.

Y el oso le explicó que sus padres eran los osos más temibles de la región, y capaces, en un momento, de matar y entregarle cuantos corderos necesitase.

—¿Pues qué país es éste?—preguntó Juan.

—El reino del ogro Leoncete.

—Y tú, ¿quién eres?

—Yo soy la Fuerza.

En una inmensa llanura se elevaba una casa de bronce; era la morada del ogro, que de lejos olió la carne humana y salió a la puerta.

Leoncete era horrible; su gordura era repugnante, y tenía una barba hirsuta y roja y una boca descomunal. Al ver a Juan, lanzó una carcajada tal, que las murallas de bronce de su casa retemblaron.

—¡Buen aperitivo para mi cena!—exclamó.

—Yo no vengo a servirte de aperitivo, sino a buscar a tu hermano Barbarilón para matarle—declaró Juan.

—¡Matar tú a Barbarilón, mocoso! ¿Pero tú estás en tus cabales, o lo dices para que no te coma?

—Poco adelantarías con comerme a mí, mientras que si me dejas, te puedo proporcionar corderos en abundancia y, además, libertarte de tu hermano.

—¿Corderos? ¿Pero tú sabes la cantidad de corderos que yo me comería?

—¡Tú dirás!

—¡Pues quiero cuarenta!

—¡Ciento tendrás!

Al llegar la noche, Juan volvió a presentarse ante el ogro, con cien corderos que la familia Oso acababa de entregarle. Los ojos de Leoncete brillaron de codicia, y se relamió al ver aquel festín.

—Para recompensarte y para que no te falle tu empresa de matar a Barbarilón—dijo—, te voy a dar una indicación preciosa: al poderoso brujo sólo se le podrá vencer cegándole con los rayos del rubí mágico, que se halla en el huevo azul que ha de poner la gallina verde. De todos modos, no te escapes todavía, pues si me queda hambre, te comeré de postre.

Pero Juan estaba tranquilo. En cada cordero había una gota del veneno sutil, y al llegar al centésimo, el ogro se desplomó como una masa y el joven prosiguió su camino.

Esta vez hubo de andar días, semanas y hasta meses, comiendo frutas silvestres y refrescándose con el agua de los manantiales. Estaba extenuado y casi descorazonado, cuando vió pasar ante él un hermoso zorro y sacó su cuchillo.

—¡No me mates, hermoso príncipe!—suplicó el zorro—, y te daré lo que más desees.

—¡Ni soy príncipe ni puedes darme nada que me importe, pues sólo deseo el rubí mágico que se halla en el huevo azul de la gallina verde.

—Príncipe serás y el rubí tendrás.

El zorro llevó al joven a su madriguera. Allí había una gallina que había es-



trángulalo la noche anterior. Aquella gallina era verde; junto a ella había un huevo, y aquel huevo era azul. Juan lo partió con dedos temblorosos, y dentro del huevo, en lugar de yema ni clara, había un rubí; un rubí magnífico, más rojo que la sangre y más brillante que el sol.

—Ahora—preguntó Juan, apoderándose de la piedra,—dime dónde estoy.

—Estás en el reino del genio Barbarilón.

—Y tú, ¿quién eres?

—Yo soy la Astucia.

En la cima de una altísima montaña se elevaba un castillo de acero bruñido, cuyos torreones se perdían en las nubes del cielo.

Juan emprendió la ascensión de la montaña. Al cabo de un mes de sufrimientos y de fatigas, llegó a la puerta del castillo, y la sangre se le heló en las venas: con un ruido de truenos, la puerta de metal acababa de abrirse, y el brujo Barbarilón aparecía en el umbral.

¿Qué eran a su lado ni su hermana, la horrible bruja Panterina, ni su hermano, el terrible ogro Leoncete? Para dar una idea de su tamaño colosal, solamente diré que cada uno de los dedos de sus pies igualaba en proporciones a la cabeza de un recién nacido, y, como los torreones de su castillo de acero, la cabeza del brujo se perdía en las nubes.

Y todo aquello no era nada comparado con su indecible ferocidad.

—¿A qué vienes aquí, mísero insecto?—preguntó a Juan.

A pesar de tan formidable aparición y de que la voz del brujo retumbaba en sus oídos como el ruido de un cañón de largo alcance, Juan no se desconcertó.

—Vengo a matarte—contestó.

Al oír semejante respuesta, la indignación del genio fué espantosa.

—¡Ya te enseñaré yo a burlarte de mí!—rugió.

Y se agachó con intención de dar al insolente un capirota mortal.

Pero ya Juan había sacado de su bolsillo el rubí mágico y dirigía su esplendor hacia la faz de Barbarilón. El monstruo lanzó un rugido, que debió de oírse a no sé cuántas leguas, cerró los ojos y, cegado, se desplomó, lo cual aprovechó el vencedor para clavarle su cuchillo en pleno corazón.

A pesar de su impaciencia por volver a ver a su prometida, Juan no se olvidó de ir a dar las gracias al hada, que le había enviado tan oportunamente la Audacia, la Fuerza y la Astucia. Y, colmando sus bondades, el hada le hizo el don magnífico de conservar para toda la vida los veinte años que tenía entonces.

Luego, en una carroza tirada por ocho mariposas blancas, el hada de las alas brillantes y el heroico vencedor volvieron a la casa del buen Matías, donde éste les esperaba, en compañía de la princesa Mariposalinda, que ya nunca volvería a ser ranita verde con ojillos de oro.

Se casaron, y Juan sucedió en el trono a su suegro Clodoaldo VIII. En memoria de lo que fué la joven reina, declaró las ranas animales sagrados y de utilidad pública.

En cuanto al viejo Matías, nombrado maestro de ceremonias de palacio, todavía hoy no ha conseguido poner en orden sus ideas, trastornadas por estas aventuras fabulosas; y cuando cuenta a los cortesanos las apariciones de la damita vestida de verde y coronada de esmeraldas, se creen que chochea, y no le hacen caso.

#### EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI

## La historia de la Casa de Cisneros

Así se denomina, aunque no porque le habitara el célebre cardenal, ese bello edificio, que, convenientemente restaurado, es singular ornato de la plazuela que antes se llamó de San Salvador y ahora de la Villa, noblemente adornada por edificios de tal importancia como éste, las casas de los Lujanes, una de ellas objeto recientemente de primorosa restauración, que espera la contigua y principal de la famosa torre, y la que ocupa el Concejo. ¡Lástima es que haya quedado desvirtuado el completo efecto de esta plazuela por la casa de vecindad que hace esquina a la calle Mayor y por la ausencia de la parroquia del Salvador, que fué un tiempo lugar de reunión del Ayuntamiento y atalaya su torre desde donde mostraba Asmodeo a don Cleofás Pérez Zambullo los misterios de las destapadas viviendas de la corte!

La casa llamada de Cisneros no fué edificada hasta el año 1537, en que la hizo construir su sobrino y heredero don Benito Jiménez. Por eso ha sido errónea la creencia de muchos, que han señalado el balcón de la calle del Sacramento, afeado hasta hace poco por la muestra de una botica y restituído hoy a toda la belleza de su gusto plateresco, como aquel famoso desde donde el cardenal regente hizo una frase célebre.

En este caso, la mansión de Cisneros, la que verdaderamente habitó, era el vasto caserón de los Lasso de Castilla, contiguo a San Andrés, en la plazuela de la Paja: aquel palacio que sirvió de vivienda a los Reyes Católicos, luego a don Fernando con doña Germana de Foix, y a la reina doña Juana con el archiduque don Felipe. Allí vivió también el deán de Lovaina, que fué más tarde el papa Adriano VI. y esa casa, pasando a ser

propiedad de los duques del Infantado, fué teatro de las más suntuosas fiestas que en Madrid se conocieron, y de entre las cuales cabe, por lo menos, consignar la más notoria, en que se derrochó la riqueza y ostentación de poderío, como fué el bautizo del nieto del duque de Lerma, en el que fué padrino el rey Felipe III, quedando memoria de la fecha de aquel 3 de abril de 1614, tan desusada en opulencia como grande era por aquellos días la miseria del reino.

En esa casa fué donde Cisneros, que moraba en ella, como lo habían hecho los reyes, recibió a los nobles descontentos, quienes le pedían que mostrase los poderes en cuya virtud gobernaba mientras el joven Carlos I llegaba a España. Y asomándose al balcón, les mostró las piezas de artillería que tenía en la plaza, diciéndoles aquellas palabras memorables:

—Esos son mis poderes, y con ellos gobernaré hasta que el príncipe venga.

La costumbre sigue haciendo que se llame casa de Cisneros a esta otra que no habitó el cardenal, pero que fué fundada por su mayorazgo en la plazuela del Salvador, con vuelta a las calles del Rollo, del Sacramento y de los Azotados, que actualmente se llama travesía del Corcón. Y el nombre famoso del fundador de la Universidad complutense ha venido conservándose en esta mansión, que después pasó a ser propiedad de otro ilustre linaje, y ha sido vivienda de diferentes personajes, cuyo nombre ha quedado unido, no siempre de una manera afortunada, a la historia española.

Allí habitó, en los días de Felipe III, hombre tan poderoso como el cardenal don Bernardo de Sandoval y Rojas, o de Rojas y Sandoval. Y después de haber

pasado, a los principios del siglo XVIII, a poder de los condes de Oñate, fué donde vivió y murió el insigne conde de Campomanes y ha sido luego vivienda de banqueros opulentos unas veces, y otras albergue de alguna embajada, la de Austria. Como curiosidad puede decirse que nació en ella el actual conde de Romanones, y abundando en su recinto el prestigio marcial, fué también habitada por el general Zavala, marqués de Sierra Bullones, y por don Ramón María Narváez, quien alguna vez salió de allí apresuradamente y acabando de abrocharse la levita del uniforme en la urgencia de un pronunciamiento de los que frecuentemente alteraron la tranquilidad de la corte durante la mayor parte del siglo XIX.

Después, en los tristes días de los desastres coloniales, vivía allí el general Polavieja. De allí salió para ir a Filipinas, y allí volvió después de haber pasado por Palacio, dando motivo a que Cánovas hi-

ciera en *La Época* el suelto del balcón, negando que la reina hubiese salido a saludar desde la balastrada que corona la puerta del Príncipe, al caudillo recién llegado.

El Ayuntamiento ha realizado una labor plausible adquiriendo la casa de Cisneros para instalar en ella unas dependencias municipales, restaurándola y devolviéndola todo el carácter de una hermosa obra del siglo XVI. No sólo en su traza exterior, escrupulosamente cuidada, sino en su decorado interior, embellecido con azulejos talaveranos y primorosamente artesonado. La obra de herencia, tan importante en el arte español, ha sido igualmente cuidada en verjas y rejas, y al ser llevada al archivo de la villa la hermosa veleta que coronaba su torre, ha sido sustituida por una reproducción de la misma, que sigue completando la señorial silueta de esta casa, tan típico ejemplar del renacimiento español.

Pedro de REPIDE

## Divagaciones sobre Leonardo Coimbra

MI propósito era que mi comentario de hoy coincidiese con la visita a Madrid de Leonardo Coimbra. La distribución de mi trabajo no me lo permitió. En cambio he encontrado una singular delectación uniendo a mis meditaciones de esta pasada Semana Santa la lectura, plenamente armónica, de la *Adoração* del noble filósofo portugués.

Esplayamiento lírico de un filósofo; este es el carácter esencial de la *Adoração de Coimbra*. Es un cántico de amor; inclínase el poeta ante una mujer; pero la transfigura elevándola a categoría, un poco a la manera de Beatriz. He aquí, pues, la primera sugestión de los precedentes literarios que han influido en él: la *Vita Nuova*. Leonardo Coimbra tiene el alma de un italiano del primer Renacimiento; en la ponderación de los valores que le forman predomina todavía el elemento cristiano sobre la herencia pagánica; es un neoplatónico a la manera de aquellos italianos que unieron la herencia trovadoresca, sutilmente analizada de la psicología amorosa, con el sentido de la belleza imaginista; con la reincorporación humana en la naturaleza y en la divinidad.

Pero de la *Adoração* de ese nuevo Leonardo se levanta otro recuerdo ineludible: el de la Sulamita. El procedimiento técnico es el mismo del *Cantar de los Cantares*: la contemplación de cada belleza parcial de la Amada sugiere una oración estilizada y lírica: los ojos, los cabellos, las manos, el rostro, la bondad, la voz... Y como de cada uno de esos actos de rendimiento se eleva un transporte hacia las analogías universales, el libro es un conjunto de *sinfonías* sobre el motivo visual, que se resuelve en símbolo.

Así el libro está inspirado en las dos grandes fuentes de nuestro misticismo occidental: la platónica y la bíblica. Es un libro místico; y, como tal, comprensivo de una clave o trasunto de valores, cada uno de los cuales tiene tras de su imagen visible una lontananza de idealidad sin fin. Y ved aquí cómo el proceso de esa alegoría es inverso de la que representa para los creyentes el epitafio salomónico; porque éste ha recibido su valor simbólico de la interpretación posterior, de la intención que en él vieron, colaborando en él inconscientemente, los lectores para quienes no fué escrito. En cambio el poema amoroso de Coimbra, poesía de filósofo, ha sido concebido con la intención previa de su alegorismo.

«Tus manos son niebla, condensada en alma...»

En el capítulo titulado *O nosso encontro* hay una alegoría que me recuerda, buen amigo Cansinos, el mito del primario androginismo: «En lo alto de los cielos y en las lontananzas del origen existía el misterioso sér andrógino, en quien la esencia espiritual femenina se juntaba en pronta dádiva y ternura humilde a la esencia masculina, de conquista, lúcida comprensión y perfecto dominio. El sér andrógino multiplicó en dos su conciencia, y esta duplicación separatista produjo el nacimiento de los sexos.» Toda pasión sexual estriba ahora en el *Milagro del Encuentro*: «La mujer fué en el Cielo la nebulosa que recibe el beso masculino de la nebulosa-vértigo que sobre ella se precipita, y de su contacto brotan la música y los mundos; fué el nido que acoge las alas de conquista; fué, en la caverna, la cama de hojas mullida en espera del compañero manchado con la sangre de las fieras abatidas; fué la flor de los caminos y la espuma del mar y todo cuanto es fresco, leve, dádivo y humilde; fué el mirar del ciego, el bálsamo del pobre y la propia cuna: Antígona, Magdalena y Virgen María.»

Todo el libro es una plasmación y mística de aquella sutil y penetrante visión que el autor nos explicó en *La Alegoría, el Dolor y la Gracia*; obra de un optimismo triunfante, que nos invita a meditar sobre la singular reacción de esa alma céltica contra la nativa herencia «troveresca» y «bretona», contra la idealización del mito nacional que tan fuertemente enlaza el Amor y la Muerte en el dúo trágico de Pedro e Inés, trasunto familiar de Tristán e Isolda. Nada queda ya del eterno plañido elegíaco de la Atlántida, en el alma de ese hombre verdaderamente *leonardesco*. Los vientos itálicos le renovaron, como a Goethe. Y yo veo en él una especie de lejano compensación del pesimismo paradójicamente italiano de Leopardi.

La alegría de Coimbra se yergue sobre su misma concepción del Dolor: «La vida es la conciencia que adquirimos de la muerte; vivir es conocer que vamos muriendo... La trayectoria de la tierra se cuenta por las constelaciones del Zodíaco, y la grandeza de nuestra alma por los dolores que, purificados en su llama, la dejan abrazada por un cinturón de luz... Los hombres y los pueblos sólo son grandes por el Dolor. La Alegría banaliza y adormece, el Dolor inquieta y dinamiza... Lo que hay de más sublime en la vida de Cristo es la nueva armonía que realiza dentro del dolor.» Es preciso vivir pro-



fundamente nuestros dolores, hasta el punto de sufrílos como dolores universales. Cada hombre debería sentir la muerte de su hijo, «no como una pérdida personal, sino como una radical impotencia de la Naturaleza.»

Pero esa confortación en el Dolor no impele a Leonardo Coimbra a refugiarse en el humorismo (a pesar de los orígenes célticos de esta escuela); ni en la sequedad cruel del voluntarismo estoico, heredado por Schopenhauer y Nietzsche. El refugio de Coimbra es aquella ideal confluencia de placidez clásica y sonrisa cristiana que se concentra en la palabra «Gracia». Palabra de expresión aproximativa, porque corresponde, para mí, a un concepto inefable.

«La Gracia—afirma este filósofo poeta—es la sensación de libertad... Es la sonrisa de la libertad... La libertad existe, y la gracia es su cuerpo... Siempre que es necesario salvar la libertad, ahogada en sus instrumentos de acción, más allá de cada una y de todas las razones, se recurre a la Gracia y a lo Irracional.» ¿No está ahí precisamente el sentido histórico de la victoria de Francia? «Alemania representa la organización, la vida actualizada en instituciones y órganos; es la materia. Francia es la vida excediendo los órganos: renace, vuelve a

crearse. Alemania tiene lo que se gasta; Francia lo que se renueva.»

Despréndese de ese concepto de la Gracia el sentido espiritualista de la civilización, que es «la espiritualización de la vida; es un sistema de valores espirituales y, por lo tanto, un proceso aumentativo de las almas. Las almas se miden por su comprensión. La comprensión es la más íntima penetración, la presencia, en cada sér, de todos los otros seres... La civilización es un trasbordar del alma sobre la materia.» He querido copiar aquí estos pasajes, porque me ha conmovido su íntima similitud con todo lo que yo, modestísimamente, he querido infundir en mi sentido de la Vida, de la Ciudad y de la Política.

No resisto a la tentación de transcribir aún otros fragmentos, significativos del sentido poético de Leonardo Coimbra. Y debo advertir que le cito según la traducción de Valentín de Pedró, porque no tengo a mano el original:

«Ser humilde es escuchar atento las palabras que dicen las otras almas; con el oído en tierra, saber oír el correr de las aguas; en suspenso, sentir en nosotros el tumultuar de la vida, alargarse el alma, crecer, subir, palpar, bajo la palabra que levanta los labios, el infinito temblor de lo que no fué dicho... Es dar

a cada instante que pasa la presencia del infinito que lo anima... Así el fenómeno toca la esencia, y el tiempo se tiñe de eternidad.»

«Las instituciones valen por la mayor o menor realidad de convivencia, de comunicación, que den a las almas.»

«Si os inclináis hacia el misterio, en seguida él os penetra.»

«El arte es el Universo visto a través de un alma.» Concepto que envuelve una versión espiritualista de la conocida fórmula zolesca: la realidad vista a través de un temperamento. «El artista—dice ya en otra página—encuentra su único proceso creador en la reproducción de la naturaleza por su alma.»

«El estado de Gracia es el sentimiento de la presencia universal... Estar en Gracia es quedarse en suspenso en medio del ruido, para oír las voces que vienen del Silencio. Es ir a divagar en la Soledad, a conversar con lo invisible, a llenar de humanas palabras amorosas todo el Espacio sin voz.» Allí «la conmoción interior es la ardorosa quietud de un beso sin labios».

Perdónenme los lectores esa pequeña antología espigada en el libro de Coimbra; he creído que ella, mejor que mis disquisiciones, revelaría la índole del autor y de la obra.

Ahora quisiera terminar diciendo que la imagen final del libro, delicada confluencia entre la alegoría de Virginidad y Maternidad y la teología cristiana, me ha sugerido la gracia de una de aquellas Anunciaciones florentinas (Angélico, Lippi, Botticelli, Leonardo) que descubrían por la abierta ventana una lejanía serenamente clásica; o en que el Ángel se arrodillaba sobre las flores del jardín familiar ante la Doncella, para pronunciar las palabras del Anuncio.

Gabriel ALOMAR

El 1 de mayo se pone a la venta

## Hombre de amor

Novela inédita de 350 páginas

por

«El Caballero Audaz»

— PEDIDOS: —

MUNDO LATINO

Apartado 502. — Librería, Caballero de Gracia, 28

Philips 1/2 watt



La preferida mundialmente  
Pídase en todos los Establecimientos de Electricidad

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Marqués de Cubas, 10.

BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

## DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.—Aparatos con o sin bocina.—Ventas al contado.—Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS  
de  
Raquel Meller

M. Serós

G. Flores

R. Leónis

Bailables  
modernos

DISCOS  
de  
Salud Ruiz

Ofelia  
de Aragón

C. Ortas

Óperas

Zarzuelas



Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a  
**FADAS -- Peligros, 14 y 16 -- MADRID**



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR  
UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

## EL MEJOR ALIMENTO

esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos.

De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

CARDENAL CISNEROS, 62. — MADRID





**Daniel Inclan**  
JOYERO FABRICANTE  
JOYAS DE BUEN PRECIOS DE  
GUSTO FÁBRICA  
**MADRID MEXICO**  
MONTERA BOLIVAR 23

**Nadie más barato.—Nadie mejor calidad.**

# GRAN HOTEL PARÍS

**OVIEDO**

**Asturias :- España.**



Vista de la fachada del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — *Brasserie* en el Hotel. — Orquesta en el espléndido *Hall*. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

**Pensión completa desde 12,50 pesetas.**

DIRECTOR PROPIETARIO:

**= D. Manuel del Valle Díaz. =**

## CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

**FARMACIA PUERTO**

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID




**CARLOS COPPEL**

Fábrica de relojes  
Fuencarral, 27  
Madrid

Certificado de garantía  
con cada reloj

REGISTRADO